

Notas Bibliográficas

*LOS PARTIDOS POLITICOS
Y OTROS ENSAYOS SOCIO-
LOGICOS (A propósito de los
Cuadernos de Sociología del Insti-
tuto de Investigaciones Sociales).
Por Alfredo POVIÑA. Profesor
Titular de Sociología en la Univer-
sidad de Buenos Aires.*

LA Universidad Nacional de México ha iniciado la publicación de una Biblioteca de Ensayos Sociológicos, llamados Cuadernos de Sociología, por intermedio del Instituto de Investigaciones Sociales, que dirige el licenciado Lucio Mendieta y Núñez.

Han aparecido hasta ahora cuatro tomos —que vamos a comentar en esta oportunidad— y que son los siguientes:

Los partidos políticos, por Lucio Mendieta y Núñez.

Las clases sociales, por Lucio Mendieta y Núñez.

El mundo histórico-social, por Juan Roura Parella.

Sociología de la Universidad, por Roberto Agramonte.

En general, podemos decir que los temas tratados son de gran atracción no sólo para el especialista en sociología, sino también para todo aquel que se interese por los problemas de la vida del grupo, pues se ocupan de asuntos, tratados sencillamente, sobre los cuales siempre hemos reflexionado, y que nos atañen directamente porque forman parte de nuestra vida cotidiana. Los Cuadernos se proponen hacernos conocer el problema, buscando darnos una síntesis cabal de sus diferentes aspectos, haciéndolo en poco espacio, en tomos “como de bolsillo”, indudablemente con competencia y objetividad científica.

La finalidad perseguida, que se adivina a través de los volúmenes aparecidos, se alcanza fácilmente, como se justifica recordando los títulos ya publicados, pudiendo el lector realizar su lectura íntegramente, sin excesivo desgaste intelectual. Veamos ahora el contenido de cada uno de los volúmenes.

I. *Los Partidos Políticos*

Dentro de los grupos políticos, que revisten particular importancia, el estudio de los partidos ofrece vital interés, ofreciendo a la vez, una serie de dificultades que es necesario salvar, para llegar a su conocimiento cabal.

La primera de todas es la definición. Su autor, el licenciado Lucio Mendieta y Núñez, como hemos dicho, define el partido político como una agrupación temporal o permanente de ciudadanos, guiados por un líder y unidos por intereses comunes, que tratan de satisfacer, de acuerdo con un programa de principios y mediante la retención o la conquista directa del poder estatal o ejerciendo influencia en las orientaciones del mismo.

Aceptamos plenamente esta definición en sus grandes líneas. Nos justificamos, recordando que, por nuestra parte, hemos definido el partido político de la siguiente forma: "Es la agrupación permanente y organizada de ciudadanos que, mediante la conquista legal del poder público, se propone realizar en la dirección del Estado, un determinado programa político-social" (En "Estructura sociológica de los partidos políticos", Rosario, 1937).

Los elementos comunes y esenciales de ambas definiciones son: 1) la agrupación de individuos o ciudadanos en forma organizada; 2) la conquista del poder público o estatal; 3) el programa de principios, de carácter político social, formado por intereses comunes.

Hay disidencias de detalles, como el carácter transitorio que puede tener un partido, según Mendieta y Núñez, o la necesidad de la conquista del poder, bastando su influencia. Por nuestra parte, no haríamos cuestión, y menos tratándose de problemas de detalles.

La definición del autor es más explícita sobre el aspecto de la organización del partido, en cuanto dice que los ciudadanos están unidos por intereses comunes y guiados por un líder. Con esto también estamos de acuerdo, en cuanto son elementos implícitos de toda organización social. En todo partido existe un motivo común de unión; el interés, y el prin-

cipio de autoridad y de jerarquía. A pesar de que nosotros creemos que son elementos comunes a otras formaciones sociales, Mendieta y Núñez entiende que en la figura del partido político es preciso descartarlos bien, como resulta de la crítica que hace a la definición de Italo A. Luder.

Este último autor citado, Italo A. Luder, en su trabajo de 1945, define al partido político del siguiente modo: “es una agrupación organizada de ciudadanos, orientada hacia el poder, con un programa político-social como ideal vinculatorio, para cuya realización interviene en forma permanente en el proceso de formación de la voluntad estatal”.

La obra que comentamos estudia en diferentes capítulos posteriores la doctrina y el programa como base de todo partido político, y la organización y disciplina. Asimismo se ocupa del problema del líder que es propio de todo grupo social —de acuerdo con Geiger— como también la propaganda. Da una excelente definición de la propaganda, al decir que es un conjunto de medios de interacción humana que se aplican en forma sistemática, a fin de crear, en determinado sentido, estados unitarios de conciencia colectiva, sobre aspectos fundamentales de la vida social. Es una concepción estrictamente sociológica. Sostiene con razón Mendieta, que los partidos políticos tienen en la propaganda, una potencia formidable para actuar sobre la opinión pública. Esta a su vez, da nacimiento a los partidos, por la escisión sobre puntos fundamentales de orientación del poder estatal, lo que explica su génesis.

El autor completa su estudio de la organización y nacimiento de los partidos, con el problema de su degeneración y extinción, destacando, por último, la función que desempeñan en la vida social. Por fin, se examinan la influencia de ellos sobre las sociedades, y la acción constante y decisiva que éstas ejercen sobre los partidos, afirmando, como conclusión discutible proyectada hacia el futuro, que los partidos políticos no son factores esenciales de la sociedad, sino circunstanciales. Son un mal necesario, indispensable en los países capitalistas para el ejercicio de la democracia, pero que desaparecerán, cuando se provoque un cambio fundamental en la estructura de las sociedades.

II. *Las Clases Sociales*

Otro tema de profundo interés sociológico ocupa el segundo volumen de los Cuadernos de Sociología. Está dedicado al difícil tema de las clases sociales, y su autor es también el licenciado Lucio Mendieta y Núñez. Lleva

un prólogo del sociólogo Pitirim A. Sorokin, jefe del Departamento de Sociología de la Universidad de Harvard.

El propósito del autor se expresa claramente en la Introducción. Intenta hacer una revisión crítica de los puntos de vista adoptados por diversos autores, en la definición de clases sociales, con el objeto de ver, si es posible, derivar, de tal reunión un claro concepto sobre la materia.

Para eso empieza por una clasificación y crítica de las principales definiciones, ordenadas en cinco grupos, que son: étnico, de división del trabajo, económico, cultural, y complejo de dos o más factores. En este último grupo, por nuestra parte, nos parece que podemos incluir una combinación de factores culturales y económicos, o más concretamente de acuerdo con su definición, es un grupo social cuasi organizado, cuyos miembros están unidos por la similitud de sus vínculos económicos y especialmente culturales.

Acepta la división tripartita de las clases sociales, de origen aristotélico, en: alta, media y baja, y precisa con toda claridad, descriptivamente, las sucesivas características, ninguna única ni exclusiva, que las distinguen, no tanto entre sí, sino comparativamente con las otras dos. A pesar de la crítica de Sorokin, nosotros aceptamos también esta clasificación, porque son expresiones neutras e indicativas de la ubicación en la pirámide social, como hemos sostenidos en nuestros Cursos de Sociología (Córdoba, 1945).

Se ocupa después Mendieta y Núñez del papel que desempeñan las clases sociales en la vida social, que es, justamente, una de las tareas sociológicas fundamentales, partiendo de las diferentes relaciones que tienen entre sí: de convivencia, de contacto y de tratamiento.

La conciencia de clase es elemento característico como forma de representación colectiva. Por nuestra parte, agregaríamos una observación. No puede decirse que haya una conciencia de clase única en la clase media sino que ella está diversificada según los grupos que la integran: comerciantes, empleados, profesionales, agricultores, etc. Por tanto, si la conciencia de clase es lo que da unidad espiritual a la clase, tendríamos que concluir erróneamente, que no hay una clase media, sino diferentes clases medias—como muchos sostienen— que serán tantas como conciencias de clase existan. Para nosotros no sólo es posible hablar de clase media como expresión unitaria y genérica, con relación a las otras dos clases sociales.

Termina Mendieta estudiando la acción de las clases sociales sobre la religión, el arte y la cultura en general, sosteniendo como conclusión que

ellas llevan en sí mismas, el germen de su destrucción. Las clases tienden más bien a transformarse que a desaparecer, especialmente bajo la acción de la democracia de partidos políticos.

III. *El Mundo Histórico Social*

Se trata de un ensayo sobre la Morfología de la cultura de Dilthey, debido a la pluma del profesor Juan Roura Parella, que es uno de los más autorizados intérpretes del sucesor de Lotze en la cátedra de Historia de la Filosofía en la Universidad de Berlín. Se antepone una sugestiva nota de Eduardo Spranger, un discípulo y sucesor de Dilthey, a su vez, en la cátedra de Berlín. En ella trata de determinar las raíces de la filosofía de su maestro.

La filosofía de Dilthey es una nueva postura filosófica que requiere un viraje en el modo de considerar los problemas del mundo. Sin embargo, hace necesario un trabajo preparatorio. Sirve magníficamente a ese fin el presente volumen de Roura Parella.

Dilthey es el Kant de las ciencias del espíritu. Quiere hacer la crítica de la razón histórica, así como el filósofo de Koenisberg hizo la crítica de la razón pura para fundamentar las ciencias matemático-naturales.

Su punto de partida no es la metafísica sino la experiencia, pero no la experiencia de carácter sensible como quieren los positivistas, sino la experiencia del vivir interior, de la conexión vital entre el yo y el mundo en una unidad originaria.

En consecuencia, el objeto del filosofar es la vida, no sólo como estudio de una realidad que en el fondo es el hombre, sino también de una idealidad o teoría de los valores. De la vida brota la corriente de la cultura. La vida crea esta corriente, y se nutre de ella, trascendiendo el puro vivir biológico. Esta dimensión trascendente de la vida constituye todo el objeto de la filosofía del maestro Dilthey.

La vida es un conjunto de vivencias, cada una de las cuales tiene una significación para el todo de la vida, y solamente el comprender es el camino que nos da acceso al significado de la vivencia. Significado y comprender son pues términos correlativos. Ahora bien, el comprender tiene dos dimensiones: la comprensión del prójimo, y luego la comprensión de objetivaciones científicas, que es lo que llama el espíritu objetivo.

La función del comprender consiste en descubrir en los objetos, un contenido espiritual o sentido simbolizado por lo que se da en la percepción,

o como dice Dilthey, es el fenómeno en el que, a partir de signos externos, conocemos algo interior. El comprender es el instrumento con el que se construyen las ciencias del espíritu, las que encuentran en este método su fundamentación, así como lo hizo Kant con las ciencias naturales.

El alma humana tiene, para Dilthey, su correlato en el mundo exterior. Además de las cosas externas estamos también en relación eficiente con otras personas. Por último, el hombre está también sólidamente ligado al pasado. Es un ser esencialmente histórico.

Con respecto al alma humana, Dilthey determina el principio que da su unidad, que es la idea de estructura, es decir, la relación de las partes con el todo. Constituye la ley de constitución del sujeto espiritual. Después de estudiar Roura Parella el problema del alma, desde el punto de vista transversal, del desarrollo u horizontal y de la dimensión profunda, como también después de precisar los caracteres generales de la concepción del mundo, entra en el capítulo final al examen de la cuestión referente a la fundamentación de las ciencias del espíritu.

Frente a las ciencias naturales, y con características opuestas, nace el mundo de las ciencias del espíritu, las que tienen como fundamento a la Psicología, porque el lugar donde debe captar sus fenómenos es en nuestra propia vida y en la vivencia. Claro está que no se trata de la Psicología que traslada los métodos de las ciencias naturales a la realidad psíquica, sino de una psicología constructiva, de tipo analítico, descriptivo y comprensivo.

Entre las ciencias naturales y las del espíritu existe una vieja oposición, que ya fué advertida por Juan Bautista Vico. En efecto, el espíritu se nos da en su plena realidad en la vivencia, mientras que la naturaleza se da, sólo como fenómeno, en la percepción externa. Además, captamos el mundo espiritual en el comprender, mientras que la naturaleza la explicamos.

El espíritu objetivo, materia de las ciencias del espíritu, se diferencia en distintas dimensiones, que constituyen lo que comúnmente llamamos la cultura. La cultura vive en la convivencia humana, la que mantiene su cohesión mediante una serie de relaciones, cuya investigación constituye el objeto de la "Política", expresión que emplea inadecuadamente Dilthey, en vez del nombre usual de Sociología. Acá debemos preguntarnos, ¿cuál es la crítica de Dilthey a la sociología, y por qué se niega a usar esta expresión, unánimemente aceptada? Es interesante responder plenamente a esta interrogación; más aún cuando, a pesar de ello, la sociología de hoy se apoya frecuentemente en la misma concepción espiritualista de Dilthey.

Quiere decir entonces que no se trata de una negación de su existencia, sino la posibilidad de una renovación frente al positivismo naturalista.

Agrega también Dilthey que, las ciencias del espíritu tienen su fundamentación en la historia. La historia universal no representa más que una generalización de las ciencias del espíritu.

En el alma humana es posible distinguir un *a priori* espiritual, que regula la conducta individual en los más mínimos detalles, y un *a priori* social que moldea a los individuos de un grupo. Por tanto el hombre es también un producto social. La objetividad del conocimiento y su validez general nace de la confluencia del criterio interno y del externo. De lo psíquico y de lo social, lo que debe señalarse de modo especial, porque, como dice Roura Parella, Dilthey recurre a regañadientes al criterio externo. Debemos agregar que, a pesar de ello, el método de la comprensión y el perspectivismo histórico que Dilthey sólo explota en el mundo de lo psíquico, servirá más tarde a interesantes construcciones sociológicas, “hoy todavía en mantillas”, según las palabras finales del trabajo que comentamos. Es lo que la sociología le debe a Dilthey “a su pesar”, o sin quererlo, en el mejor de los casos.

IV. Sociología de la Universidad

El autor de este trabajo, el profesor de la Universidad de Cuba, doctor Roberto Agramonte, se propone determinar la esencia de la Universidad concebida como idea, o si se quiere como ser eidético.

La primera nota constitutiva está dada en la significación raigal de la palabra. Universidad es primordialmente Universo. Universo es *unus vertere*, lo que siendo diverso se resuelve o se combina en lo uno, es decir lo que constituye su sistema. La totalidad y armonía de las partes constitutivas de la Universidad, se manifiesta en una superior unidad funcional, que es su alma, el alma mater, la noble madre universitaria.

La esencia de la Universidad contiene cuatro predicados, a saber: 1) la Universidad es saber; 2) es cultura; 3) es tecnicidad; 4) es vida o forma consubstancial de vida. En cuanto al elemento humano, tenemos en primer lugar, al profesor, cuya esencia es preciso determinar, la que queda reducida, según Agramonte, a dos notas: la competencia y el prestigio. El factor personal complementario constitutivo de la Universidad, y sin el cual ésta tampoco puede existir, es el estudiante. Una cuestión de la mayor importancia es la relación del profesor y el alumno, que ha de

ser una relación “correcta”, es decir, recta, justa, adecuada, consecuente para ambas partes. Es un estado de equilibrio, basado en una comprensión mutua que llega a ser rara culminación, cuando el estudiante se transforma en discípulo y el profesor en maestro.

Por último, no debe perderse de vista, reflexiona con razón Agramonte, que una Universidad es un intento de mantener en un justo equilibrio a tres generaciones: juvenil, madura y proveya, que son las tres fases dialécticas del proceso de lógica vital de las instituciones universitarias en su ritmo colectivo.

La Universidad, además de sus autoridades: Rector, Consejos, Decanos, es otra cosa: es cátedra en colaboración y es centro de investigación. Tiene tareas específicas, quehaceres propios, los que, con respecto a la Universidad hispanoamericana como unidad histórica, son: 1) la realización de la personalidad ética; 2) la preparación de profesionales; y 3) la investigación científica.

Estudia después Agramonte, el problema de la relación de la enseñanza universitaria y secundaria, y la crisis de esta última, como también la misión que los colegios preuniversitarios tienen que llenar, con relación a las diversas carreras.

Se trata a continuación un tema del mayor interés pedagógico, y que representa una innovación plausible en la enseñanza. Es la necesidad de una difusión más amplia de la enseñanza sociológica. Con razón dice el autor, que en la enseñanza primaria se da mucho énfasis al estudio del mundo natural; pero queda postergado, quizá porque lo tenemos ante nosotros, el estudio del mundo social. Este mundo del co-estar y del co-ser es tan real e importante como el mundo natural, lo que deberá ser considerado por toda pedagogía del porvenir.

En consecuencia, los estudios sociológicos deben ser materia de estudio de todos los grados de la enseñanza, empezando por la escuela primaria. El autor esboza un esquema de cómo pueden enseñarse los estudios sociales a partir de los seis años de edad. En las escuelas secundarias debe darse como disciplina principal: elementos de Ciencia Social, que tiene como tema céntrico la vida conjunta de los individuos en comunidades, anudando relaciones con sus semejantes. Como programa pone como ejemplo el libro de Henry Pratt Fairchild, de la Universidad de New York: “Elementos de Ciencia Social”. Tiene por finalidad preparar la mentalidad sociológica del hombre en general, y realizar una introducción a las diversas subdivisiones de amplio campo de la Ciencia Social, la Sociología, la

Economía, la Política, la Antropología, la Cívica Sociológica, etc., con carácter obligatorio en todas las carreras profesionales. Sólo con esta serie de cursos previos, con este trabajo preparatorio, podremos llegar con éxito al ápice de la pirámide: la Sociología.

Después de estudiar los problemas referentes a la selección adecuada del profesorado, la esencia del profesional y la extensión educativa, concluye esta obra de carácter tan sugestivo, destacando la necesidad de la educación, a fin de que el hombre, como ser desvalido porque tiene problemas, pueda resolverlos, con el objeto de poder salvarse del naufragar de la nada en el propio existir.

ANALOGIAS DE NUESTRA EPOCA CON LA DE ROMA HACIA EL SIGLO III. Notas a un ensayo de Carle C. Zimmerman. Por Roberto FABREGAT CU-NEO.—Profesor de los cursos magisteriales del Instituto Nominal de Montevideo, Uruguay.

En el vol VII, núm. 3 de la Revista Mexicana de Sociología, se publicó el denso trabajo del profesor Zimmerman "La Crisis de la Familia", que se apoya en la exploración de analogías entre la edad presente y dos grandes momentos pretéritos de descenso histórico.

Una de esas analogías —la que se refiere al proceso de la decadencia romana— es frecuentemente evocada por sociólogos y filósofos. Así, para aludir a otro trabajo también publicado en esta Revista, digamos que el profesor Pinto Ferreira vuelve a ella al citar una opinión coincidente de Laski en el artículo "Democracia y Planificación" (Vol. IX, núm. 2).

En realidad, estamos habituados a volver los ojos hacia ese período, tal vez único en la historia en que los hombres se mueven y piensan en formas parecidas a las nuestras, y los acontecimientos sociales arrojan idénticas contradicciones.

Naturalmente, en esta nota no pretendemos abarcar la totalidad del tema ni mucho menos, sino simplemente bosquejar algunos caracteres concordantes de ambas épocas desde un punto de vista no sistemático. Es sim-